

La Misa del Domingo

ÉL OS BAUTIZARÁ EN ESPÍRITU Y VERDAD DOMINGO SEGUNDO DEL TIEMPO ORDINARIO *Isaías 49, 3.5-6; 1 Corintios 1,1-3 y Juan 1,29-34*

15 de Enero de 2017

OBSERVACIONES PREVIAS

La Navidad recientemente vivida nos deja su recuerdo para un tiempo que ya es ordinario, pero que es el tiempo en que sucede todo lo extraordinario.

- El gran descubrimiento: El Emmanuel, el “Dios-con-nosotros” se hace presente una familia emigrante.
Por nuestra parte existe el peligro de afincarnos a la tierra, a lo nuestro, a lo conocido... Dios no tiene país, tierra..., es un emigrante en busca de ternura, de corazones cálidos.
- Ser familia de Dios no es nada fácil: bien lo prueba la vida de María y José. Nada les resultó al alcance de la mano y eso que tenían a Jesús con ellos.
Verdaderamente Dios necesitó una familia para hacerse hombre. Luego la familia es el lugar donde se aprende a sentirse querido por Dios. Es hora de preguntarse: ¿Qué está pasando con nuestras familias? ¿Cómo y dónde experimentarán muchos de nuestros niños el amor y la ternura del Dios de la misericordia?
- La “presencia del invisible”. Dios se oculta en el lugar donde más difícil nos resulta buscar: en la penumbra de nuestro propio corazón.
Constatamos montonones de vidas volcadas hacia fuera, sin sentido de la interioridad, de buscadores de otros corazones sin conquistar el propio corazón.

PARA REFLEXIONAR

El bautismo de Jesús y nuestro bautismo

Las primeras generaciones cristianas sabían muy bien que “bautizarse” significa literalmente sumergirse en el agua, bañarse o limpiarse. Por eso, diferenciaban muy bien el “bautismo de agua” que impartía el Bautista en las aguas del Jordán y el “bautismo de Espíritu Santo” que reciben de Jesús.

Por eso, los primeros cristianos bautizaban invocando el nombre de Jesús sobre cada bautizando. Pablo de Tarso dice que los cristianos están bautizados en “Cristo” y, por eso, han de sentirse llamados a “vivir en Cristo”, animados por su Espíritu, interiorizando su experiencia de Dios y sus actitudes más profundas.



La Misa del Domingo

Signos y deseos de profunda espiritualidad

No es difícil observar en la sociedad moderna signos que manifiestan hambre de espiritualidad. Está creciendo el número de personas que buscan algo que les dé fuerza interior para afrontar la vida de manera diferente. La existencia termina haciéndose insoportable cuando todo se reduce a pragmatismo y frivolidad.

Otros sienten necesidad de paz interior y de seguridad para hacer frente a sentimientos de miedo y de incertidumbre que nacen en su interior. Hay quienes se sienten heridos, maltratados por la vida, desvalidos, necesitados de sanación interior.

Son cada vez más los que buscan algo que no es técnica, ni ciencia, ni ideología religiosa. Quieren sentirse de manera diferente en la vida. Necesitan experimentar una especie de “salvación”, entrar en contacto con el misterio que intuyen en su interior.

Bautizarse en el Espíritu es comulgar con la causa de Jesús

Nos inquieta mucho que bastantes padres no bauticen ya a sus hijos. Muchos se van de nuestra Iglesia sin haber oído hablar del “bautismo del Espíritu” y sin haber podido experimentar a Jesús como fuente interior de vida.

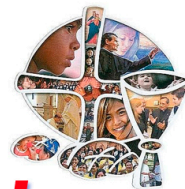
Los seguidores de Jesús no podemos vivir una espiritualidad seria y responsable si no está inspirada por su Espíritu. Nada más importante podemos hoy ofrecer a las personas que una ayuda a encontrarse interiormente con Jesús. Jesús a Nicodemo: “Te aseguro que si el hombre no renace del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el Reino”.

El bautismo es más que el agua que echa el ministro sobre un niño que sus padres traen a bautizar, a cristianar, a crismar... La fe de los padres se revela en la vida de los hijos.

PARA COMPROMETERSE

Tres bienaventuranzas ‘cuasibautismales’ para concluir:

- Dichosos los que son capaces de reconocer al “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29), porque ya están siendo salvados, liberados...
- Dichosos los bautizados en el Espíritu, “los que han visto bajar del cielo el Espíritu y posarse sobre él” (Jn 1,32), porque con su vida dan testimonio de que este es el Hijo de Dios, y porque también ellos son hijos de Dios.
- Dichosos los que comulgan con la causa de Jesús, los que “son testigos de que este es el Hijo de Dios” (Jn 1,34), porque tendrán la vida para siempre.



La Misa del Domingo

PARA REZAR

¡Jesús, tú eres el Cordero de Dios!

Señor, has venido para que, conociéndote, ponga el cimiento de mi vida en ti.

Has venido por mí, Señor, para que, contemplándote, me fíe de ti
y para que, amándote, me ponga al servicio de los que me necesitan.

¡Has venido por mí, Señor!

Y yo te doy gracias, te bendigo y te busco

y, buscándote, pido que tu Reino se haga presente en mí.

¡Jesús, tú eres el Cordero de Dios,

que quita el pecado del mundo!

Me llamas a pasar por el mundo haciendo el bien,
siendo obediente al Espíritu que marcó el camino de tu vida.

Hazme capaz de mostrar a mis hermanos
la ternura ilimitada para con todos y cada uno de los seres humanos
a quienes amas desde siempre y para siempre...

Ayúdame a ser testigo de tu poder de liberación,

de la fuerza de la fraternidad,

de tu afán por sentar a los pobres en tu trono de gloria.

¡Jesús, tú eres el Cordero de Dios,

que quita el pecado del mundo, el Hijo del Padre!

¡Gracias, Señor, porque has venido por mí!

Gracias por tu Palabra que está viva

y que la van diciendo, como pueden, nuestros labios.

Gracias porque eres Dios y hablas a Dios

de nuestras soledades, de nuestros llantos...

Gracias, Padre, porque nos llamas a seguir tu camino

y nosotros, contigo de la mano, seguiremos caminando.

¡Gracias, Señor, Cordero de Dios, Hijo del Padre!

Isidro Lozano